

NE ME QUITTE PAS  
NO ME ABANDONES

*Ne me quitte pas  
Il faut oublier  
Tout peut s'oublier  
Qui s'enfuit déjà,  
Oublier le temps  
Des malentendus  
Et le temps perdu  
A savoir comment  
Oublier ces heures  
Qui tuaient parfois  
A coups de pourquoi  
Le cœur du bonheur  
Ne me quitte pas  
Ne me quitte pas  
Ne me quitte pas  
Ne me quitte pas*

*Moi je t'offrirai  
Des perles de pluie  
Venues de pays  
Où il ne pleut pas  
Je creuserai la terre  
Jusqu'après ma mort  
Pour couvrir ton corps  
D'or et de lumière  
Je ferai un domaine*

No me abandones  
hay que olvidar  
Todo se puede olvidar  
lo que ya pasó  
Olvidar el tiempo  
de los malentendidos  
y el tiempo perdido  
a saber cómo  
Olvidar estas horas  
que mataban a veces  
a golpes de porqué  
el corazón de la felicidad  
No me abandones  
No me abandones  
No me abandones  
No me abandones

Yo te ofreceré  
perlas de lluvia  
llegadas del país  
donde no llueve  
Yo cavaré la tierra  
hasta después de mi muerte  
para cubrir tu cuerpo  
de oro y de luz  
Haré un señorío

*Où l'amour sera roi  
Où l'amour sera loi  
Où tu seras reine  
Ne me quitte pas  
Ne me quitte pas  
Ne me quitte pas  
Ne me quitte pas*

*Ne me quitte pas  
Je t'inventerai  
Des mots insensés  
Que tu comprendras  
Je te parlerai  
De ces amants là  
Qui ont vu deux fois  
Leurs cœurs s'embraser  
Je te raconterai  
L'histoire de ce roi  
Mort de n'avoir pas  
Pu te rencontrer  
Ne me quitte pas  
Ne me quitte pas  
Ne me quitte pas  
Ne me quitte pas*

donde el amor será rey  
donde el amor será ley  
donde tú serás reina  
No me abandones  
No me abandones  
No me abandones  
No me abandones

No me abandones  
Yo te inventaré  
unas palabras absurdas  
que tú comprenderás  
Yo te hablaré  
de esos amantes  
que vieron (por) dos veces  
sus corazones abrasarse  
Yo te relataré  
la historia de este rey  
muerto por no haber  
podido encontrarte  
No me abandones  
No me abandones  
No me abandones  
No me abandones

JACQUES BREL

# UN RESPLANDOR BLANCO



Madrid fue nuestra tumba.

Tropecé con un mueble, casi caí de bruces. En el último momento, me estabilicé. Gravitaba en la sombra etílica de ayer.

¿Dónde te habían metido, Gadea?

Tu hermana Estela se había negado a desvelarlo, pedía paciencia. A tu hermana mayor, a Malena, ni se lo había preguntado. Me respondería lo mismo. La joven Raquel, tu nueva amiga, se había cerrado en banda.

Estaba preocupado, era la primera vez que no te localizaba.

Había llamado varias veces a tu padre, Eneko Zuloaga, culpándome de lo ocurrido. Se resistía a responder, mentando de pasada el error de nuestro noviazgo.

No le había creído ni lo aceptaba. Significaría negarte, y morir.

Te quiero tanto.

Enfilé la cocina, abrí la nevera. En la primera y la segunda balda había cervezas; en la tercera, un tetrabrik de leche. La nevera: un vientre vacío, el saludo de un puñetazo. Tenía sed, vertí la leche en un vaso, bebí un poco. Estaba agriada, sentí un retortijón, sufrí una arcada. Mi existencia era idéntica. Vagaba por las cloacas, torciendo y volviendo a torcer las esquinas de un laberinto. La ciudad de arriba era una manada de hienas que, apostadas

al fondo de los callejones, allá donde la vida es oscuridad y olvido, esperaban cazarme y repartirse mi carroña. No sabía cuándo me había perdido el respeto. Debió de ocurrir poco después de la marcha de Gadea, entre la primera y la penúltima copa que lloraban su ausencia.

No podía localizarla, no tenía móvil, se negaba a comprar uno. De tanto empeñarse en ser diferente, lo había conseguido.

Metí el albornoz en la lavadora, bebí agua, me sobrepuse. Limpié la cocina. Entonces zumbó el timbre de la puerta. La abrí. Un mensajero me tendió un sobre. Lo cogí sin mirarlo.

Pesqué una cerveza para equilibrar el alcohol de la sangre. Me acomodé en el sofá del salón, arrojando el sobre a la mesa de centro y retirando el jersey de una amante caritativa o borracha. Exigían afecto con una historia de fracaso y el rímel corrido. Hallaban un pozo sin fondo. En todas, las del amanecer alcohólico o el atardecer disfrazado de rutina, buscaba a Gadea, su alma, su risa. Venía a dormir a casa, regresaba a la de su madre, volvía a temporadas, colgando y descolgando de los pomos espantados que alejaban a la Bestia, su obsesión y su sentencia.

Afuera, el anuncio de la primavera infectaba las calles de una amabilidad impostada como el sombrero de un hampón. El mundo era ruido, retales de añoranza. Después del tercer buche, armado de paciencia, como cada mañana, pensé en cómo ocuparía el día. Rastrillé el fondo de mi corazón. Encontré una lágrima con forma de cuchilla. Las paredes se rajarían al mínimo corte. Intentaba aferrarme a mi último vestigio de sensatez para no defraudar a Gadea. Como no tenía otra cosa que hacer, además de martirizarme y seguir bebiendo, pinché *Kind of Blue* de Miles Davis y escuché jazz, una de las aficiones compartidas con ella. Reparé en el sobre del mensajero, lo estudié y reconocí al instante su letra. Pegué un respingo, prendí nervioso un pitillo e inhalé una calada generosa. Acabé la cerveza de un trago. Rasgué el sobre, expectante.

Mi amado Judá:

Han pasado más de tres meses desde la última vez que me visitaste. Estoy en otro centro. Es un sitio increíble, con gente normal. Solo sigo con 1,5 mg de Haloperidol y acudo a terapia una vez a la semana. El psiquiatra siempre tiene la puerta abierta para mí. Me cuenta que dentro de poco estaré preparada para reincorporarme a la sociedad si trabajo duro. Lo estoy intentando, por ti y por mí, por los dos. Estoy harta de los hospitales, pero aquí me tratan bien. No hay puertas enrejadas, correas, ni cuartos acolchados, nada que se parezca a una prisión. Somos sesenta internos, tres psiquiatras, una terapeuta ocupacional, una enfermera y un vigilante que nos protege de los posibles ladrones. El personal de limpieza es muy cuidadoso, no nos mira como si fuésemos locos. Arreglan las habitaciones y nos pasan alguna bebida de contrabando. De vez en cuando me tomo una cerveza. ¿Has dejado de beber? Cuando volvamos a estar juntos no te lo permitiré. Tienes que ponerte a escribir novelas. Yo vigilaré para que no te hundas, como tú hacías conmigo. El cocinero me tira los tejos. No te preocupes, ya le he dicho que tengo novio y que me está esperando. Ayer tocó terapia de regresión, fue fantástico recordar cómo nos conocimos. Estaba encantada contigo, con tus ganas de ser artista. Se lo dije al director, que es mi psiquiatra. Le pedí permiso. Me lo dio para escribirte. Coincide en que sería maravilloso verte. Te he dibujado un plano detrás. Te espero mañana. Deseo abrazarte.

Millones de besos.

Gadea

Su letra, como de costumbre, resultaba infantil, gruesa. Loca o no, antes y ahora, demandaba amor, paciencia,

protección. Le di la vuelta a la hoja. Había dibujado un croquis en verdes, plasmando su estado de ánimo, la esperanza de retornar a una realidad que no se fragmentaría. De Madrid surgía una línea a Ajalvir, una localidad de apenas mil habitantes. Cerca, siguiendo un camino comarcal, estaba el sanatorio. Era la primera carta, de las muchas que me había enviado, escrita en un tono juicioso. No mencionaba a su madre, fallecida de cáncer horas antes de su segunda reclusión. Gadea, en cambio, pensaba que aún continuaba viva.

Tampoco era una carta larguísima, de las decenas que remitía a sus dos hermanas, Estela y Malena; a su antiguo novio y confidente, Martín; a Raquel, su mejor amiga; a su madre, creyendo que continuaba viva; y a mí mismo. Estaban escritas con una prosa afilada, personal. Yo le había impartido clases de técnica literaria, ella intentó enseñarme a pintar. A los tres días desistió, un pincel en mi mano era igual que una guadaña: todo lo destrozaba o emborronaba.

Gadea desayunaba, tomaba medicinas, se dirigía al taller de pintura. Sus cuadros eran ciclotímicos, a veces estaban llenos de colores brillantes; otras, de grises premonitorios. Siempre, en el lienzo, aparecía la Bestia, *alter ego* de sus temores. Con pies fatigados, enfilaba la consulta del psiquiatra y mascullaba sueños rotos. Comía, ingería píldoras, seesteaba aburrida en su habitación, miraba el televisor sin ver ni oír balanceándose con la mirada extraviada, cenaba. Otra vez la medicación. Se acostaba. Dormía en posición fetal, protegiéndose de cualquier golpe porque allí dentro también se sentía maltratada, en la penumbra de su corazón.

Estela, la hermana que la cuidaba, y su hija Alba, una adolescente, la visitaban en el último psiquiátrico cada domingo. Malena, la hermana mayor, acudía de tarde en tarde. O eso me habían contado.

Gadea sostenía que los ángeles y los demonios existían. Hablaban una lengua primitiva como el llanto del otoño.

Los ángeles, los demonios, la Bestia, su madre muerta y quizás yo: los cinco pilares de su locura.

Nos seguíamos necesitando, amando en la distancia como chiquillos. Teníamos treinta y siete años. Habíamos estado juntos desde los treinta hasta los treinta y cinco, hasta que la locura nos separó. Qué frágil es el destino, qué estúpido.

Aquejada de esquizofrenia, llevaba dos años manicomializada, entre rejas, en diferentes sanatorios, como un pez enfermo, a contra corriente, a contra vida.

Me dormí tarde, pegándole a la botella y releyendo la carta de Gadea.

Desperté sumergido en mi rutina suicida, con el sol despuntando y una resaca de piojo. Tomé una aspirina y un primperán y me di una ducha. Me puse el albornoz con quemaduras de cigarrillos. Fui al salón y atravesé los restos del naufragio: ropa interior de mujer, botellas vacías, cuadernillos de notas. Quería ser escritor, pero sólo había logrado esbozar los primeros capítulos de una novela. Vivía de las rentas que me legaron mis mayores, dilapidando la fortuna que mi padre levantó trabajando de bróker. Murieron en un accidente de tráfico. Esas cosas pasan, me decía para no pensar en lo absurdo del accidente.

Escribía un reportaje semanal en *La Gaceta*, un periódico de tirada nacional cuyo director, Balboa, pedía cambios ridículos. Por lo demás, mi vida estaba vacía. Carecía de una ocupación sólida, sueños, la ambición de habitar la sinceridad que abate el lomo más fuerte.

Madrid fue nuestra tumba.

Me puse a escribir mi regalo para Gadea, uno de tantos que ella guardaba como quien almacena lágrimas de lluvia.

Comprobé por costumbre que la llave seguía bajo el felpudo de la entrada. La dejaba allí para no perderla en una de mis borracheras y poder entrar a casa. Gadea me había dicho que, achispada, se lo había contado a sus hermanas Estela y Malena; sospechaba que también lo había comentado con su amiga Raquel. Mi pequeña bocazas, uno de sus pocos defectos.

Bajé a la calle, arranqué y conduje, salí de Madrid.

El cielo parecía en calma, pero en el aire percibía algo maligno. Miré de refilón el croquis de Gadea, bajé la ventanilla del coche, un viejo Peugeot. Contemplé el cielo. Creí ver cómo las nubes componían la cara de un diablo. Cerré los ojos un segundo. Procuré tranquilizarme. Obtuve la visión de una Bestia abierta en canal, en cuyo vientre decenas de hombres, mujeres y niños, chillaban y se retorcían procurando escapar. Los abrí. Un latigazo de viento zarandeó el coche. Luego silbó como una serpiente y se desvaneció en la autopista. La gran ciudad aparecía en el espejo retrovisor. La polución cubría Madrid, mudaba de textura, una zarpa que, poco a poco, comenzaba a estrangular los edificios. Son los nervios, me dije. Encendí un pitillo, inhalé, me relajé.

¿O acaso era la Bestia que rondaba a Gadea, y que se la llevaría sin que sus ángeles pudieran impedirlo?

La interrogación me retrotrajo al debut de Gadea, término médico que señalaba el primer brote de la enfermedad mental de un paciente:

Cinco años de relación. Noche. Luna creciente. Otoño. Me desvelo, palpo el edredón, Gadea no está. ¿Habrà ido a la cocina a por agua o un refresco? Me embuto en un pijama, enciendo las luces, me dirijo allí. Nada. Recorro las habitaciones de mi piso preocupado y no la encuentro.

¿Se habrá levantado y, quizás inquieta por la depresión crónica de su madre, habrá regresado a su casa?

Lo dudo, vuelvo al dormitorio, me siento en la cama,

avivo un cigarrillo, inspiro y expiro humo, hilvano conjeturas.

Una mano me toca el tobillo, respingo, me agacho. Gadea está debajo de la cama, arrebujada como un bebé, el pulgar en la boca, los ojos espeluznados, clavados al fondo del dormitorio. Viste el camisón y, raro, su abrigo de lana de colorines. Siempre tiene frío, pero ahora está congelada pese a la calefacción. Tirita. Algo la aterra. Nunca la he visto así. Me asusto. Me meto debajo de la cama y la abrazo.

—¿Qué te pasa, mi amor?

—Acabo de ver a la Bestia —musita.

—¿Quién es?

—El jefe de los demonios.

Me suele hablar de ángeles y diablos. Es la primera vez que menciona a la Bestia.

—¿Dónde, Gadea?

—Enfrente.

—La echaré.

Salgo, me incorporo mientras mi amada me observa, doy cuatro pasos, me lío a puñetazos y patadas con el aire, le hago una llave en el cuello a la Bestia imaginaria. Afectando denuedo, la arrastro hasta la ventana, la abro, la arrojo a la calle. Vuelvo con Gadea.

—Mi héroe —sonríe sin sacar el pulgar de la boca. La abrazo fuerte—. Regresará, debemos estar preparados.

Precisa atención médica. Se le ha ido una teja. Sin ella no soy nada. Cúrate, Gadea, le rezo a Yahvé, en el que no creo. Soy incapaz de vivir sin mi amada, de respirar, de maquinar ínfulas de felicidad, o momentos.

—No te muevas, mi amor. Voy al salón, se ve mejor la calle. Comprobaré si la Bestia sigue aplastada o se está recobrando.

—No tardes, Judá.

Telefoneo en el salón a Urgencias. Me preguntan sobre los síntomas, los explico. Aseguran que padece una enfermedad mental; transitoria o no, lo sabrán realizadas las pruebas pertinentes.

¡Una enfermedad mental! El parqué amenaza con engullirme y, en vez de amilanarme, me sulfura.

Mandarán una ambulancia. Me instruyen, no debo separarme de ella hasta que llegue; no puedo dejar que escape, una posibilidad cierta, le tengo que hablar con ternura y menguar su miedo. Obedezco. Me visto. Suena el timbre. Abro. Dos enfermeros y un médico se presentan. Les acompaño al cuarto. Se esconden, o casi, no comprendo el motivo. Consigo que salga Gadea. Los ve. Corre. Se encierra en el baño: el motivo de los enfermeros.

Gadea exclama:

—¡No estoy loca!

Mis palabras no la convencen, se niega a abrir. Forzamos la puerta. Los enfermeros la trasladan en volandas al ascensor, a la calle, al interior de la ambulancia, una silla tachonada al suelo donde la encorrean: una visión sobrecogedora. Gadea no para de aullar. Me apena tanto. El médico ordena administrar medicamentos. Los enfermeros le inyectan mizadolán y propofol. No tarda en abrazar nuevas pesadillas con la cabeza ladeada, los ojos sellados. El silencio brama más que sus gritos. Sedada, semeja la calma que precede a la calamidad. Las sirenas de la ambulancia ululan y la nocturnidad, saciada de presagios, testimonia, cerniendo sombras sobre la ciudad, la enfermedad de mi amada.

Estacionamos en el hospital Gregorio Marañón. Me piden que espere en el vestíbulo de urgencias. La instalan en una habitación, la inscribo. Ocupo una silla, dormitorio intranquilo, sueño con depredadores. Unos dedos me tocan el hombro, despierto; cerca del mediodía.

La psiquiatra asignada a Gadea, de nombre —lo leo en su placa— Montserrat de la Serna, unos cuarenta años, bata blanca con bolígrafos, faz bella, pelo rubio corto, ojos verde trébol cordiales, anatomía fina pero culebrera, de senos y caderas pronunciados, me habla de la hipotética patología de Gadea, hay que fastidiarse con la palabreja, y añade: «Llame a sus familiares, por favor.» Me ruega que

la acompañe a ver a Gadea, ya desperezada; mi presencia la apaciguará. La sigo mientras me aclara que dentro de poco tendrá un principio de diagnóstico. Gadea, sin atar, en la cama de la habitación individual de urgencias, come pollo y puré. Me sonrío.

—¿Qué hago aquí, Judá? Solo recuerdo a la Bestia.

Otra vez el nombrecito de las narices, la sospecha dan-tesca de que se le ha ido la olla del todo.

La doctora habla sosegada:

—Gadea, la vamos a trasladar al área psiquiátrica. De usted depende venir por las buenas. Por las buenas su estancia en el hospital no será larga. Por las malas no sabría qué decirle.

Mi amada me interroga con una mirada asustadiza. La beso en la frente.

—Mi amor, estás en buenas manos.

Observa a la doctora, a su seguridad, y conviene con:

—Vale.

Se la llevan. Llamo a su hermana Estela, nos entendemos; una sílfide alta de ojos preciosos, verde menta. No tarda en llegar, a pesar de conducir desde lejos. Viste bolso bandolera, deportivas, vaqueros, camiseta gris, jersey de croché marrón, un tres cuartos de cuero. En el exterior, fumando, le relato lo acaecido. Su rostro, impasible de ordinario, muestra alarma. Una de las mujeres más pragmáticas que conozco. Dice:

—Esperemos a la doctora. Dependiendo de lo que nos cuente llamamos a Malena —la hermana mayor— y a mi madre.

A Eneko, el padre, ni lo menta; ella, sus dos hermanas y la madre lo malquieren.

—¿Dónde está Alba? —su hija.

—La he dejado con Marcial —el vecino de Estela, un hombre de primera.

Tres horas después aparece la doctora Montserrat. Le presento a Estela. La psiquiatra no se anda por las ramas y declara con voz de adormideras:

—Su hermana y su novia muestra síntomas de padecer esquizofrenia. Aún ignoro el alcance. Lo sabré en unos días, después de las pruebas y de las sesiones de terapia. No sé cuánto tiempo estará ingresada. Lo que me desconcierta es que haya debutado a su edad. Suele suceder durante la adolescencia. Les mantendré informados.

Parte.

Nos demudamos; a Estela, el recuerdo de su marido suicidado y su locura se le avecinan como una apisonadora, lo detecto en su faz contrita de auto culpa no conclusa; ve de nuevo las vías del tren a las que se tiró su marido Pera, la sonrisa franca de la que me habla todo el mundo, sus silencios insondables; piensa acaso que no cuidó de él lo suficiente y que ahora le tocará custodiar, conmigo, a su hermana —siempre se ocupa de Gadea—. Siento cómo comienza a reunir fuerzas, una mujer de hierro, una mujer necesaria. Yo, en cambio, enflaquezco, mi entereza disminuye mientras mi amor hacia Gadea se fortalece. Cuando le den el alta, en caso de ocurrir, ¿cómo la atenderé?, ¿la tristeza que me imbuirá su enfermedad me acallará o me motivará? Las preguntas me entumescen. Estela y yo navegamos en los móviles, estudiamos definiciones, sintomatología, cortapisas de la esquizofrenia.

—Es lo que hay, Estela.

—Esperemos al diagnóstico final de la doctora.

Telefonea a Malena. La hermana mayor, esposa de Norberto Lister —funcionario de rango—, tarda media hora en llegar con una maleta; la ropa de Gadea, que entrega en recepción. Una mujer también alta, de pelo rizado castaño, con la raya a un lado, ojos malva lila separados, nariz escueta, labios cremosos, mentón rectangular, atractiva y delgada como Estela, enfundada en un vestido de falda con vuelo, tacones de charol rojo y un abrigo de piel vuelta. Una mujer de armas tomar. Me saluda con frialdad, no le caigo en gracia. Me resulta indiferente. Interrogaciones y contestaciones. Conforme avanza la

conversación, la aflicción anida en la expresión de Malena; ama a Gadea aunque sea incapaz de amarla.

Pregunta a Estela:

—¿Aguantamos un poco? Lo digo por mamá. Vengo de su casa, he ido a por la ropa de Gadea.

Alude a que la madre está deprimida; la tristeza la acecha desde siempre. Retrasar la noticia se antoja la mejor opción.

—¿Judá, te importa que llame a Martín? —me interroga Estela.

—Es lo justo, por supuesto.

Martín Casas, el cuñado de Estela, el hermano de su esposo muerto Pera, un novelista aclamado por el público y la crítica, un hombre íntegro; el mejor amigo y anterior novio de Gadea. Y en esas, galopando sobre un relámpago, a los diez minutos nos estrechamos las manos. Cinco años mayor que yo, viste chinos, camisa a cuadros, jersey de pico, chubasquero, antiparras, y tiene sonrisa veraz ahora alicaída, entrantes en las sienes, pelo moreno, ojos castaños y perspicaces, nariz más grande que pequeña, voz pausada. Le contamos la situación, se agobia. Pienso en llamar a los coyotes, mi pandilla y la de Gadea; desisto, no pretendo alarmarles.

Por la noche regresa la doctora Montserrat:

—Deberían irse a casa. Está relajada. A partir de mañana podrán visitarla, una persona al día.

Estela sería la primera; la segunda, Malena. Martín me coge en un aparte. Comienza con:

—Judá, te importaría...

—Tú serás el tercero, es lo mínimo. De todos modos, yo vendré todos los días aunque no la vea —le interrumpo.

—Gracias, Judá.

—Sobran.

No faltó una jornada. Mi turno. Debo esperar. Gadea trabaja en el taller de pintura —en la mayoría los sanatorios, lo averiguaría con el tiempo, hay diversas actividades para normalizar a los pacientes—. Entro con la cautela de

un descuidero en la sala común. Los pacientes, vigilados por un par de enfermeras y un asistente fornido, pasean o charlan con sus familiares o visionan la televisión abstraídos o intercambian naipes y fichas de dominó a velocidad de amebas o se hablan a sí mismos o mastican galletas descoordinados o parlamentan creyéndose Napoleón y un filósofo presocrático y Julio Cesar y un explorador espacial.

Gadea juega a la jenga, encima con apurado equilibrio una pieza rectangular en otra. La torre colapsa, quedan desparramadas sobre la mesa las piezas. La psique de Gadea funciona igual. La construye, la deconstruye y luego barre las neuronas del suelo y empieza de nuevo a armar el rompecabezas. Otrora no se comportaba así. Tampoco era una mujer común.

Me siento. Alza la cabeza, se aposenta en mis rodillas, un beso de flores silvestres. Su sonrisa, que no ha variado, amplía como la de un arlequín, encorseta a las demás. Sus ojos, sin embargo, carecen de lucidez; espejos del alma, muestran desmanes. La amo, cuerda o chiflada. Me acaricia la nuca. Su calor me sume en un ensueño. Un grito accidentado quiebra el momento. Se llevan al paciente que ha brotado viendo algo en la televisión.

—¿Judá, qué me pasa?

—Estás enferma.

—No me duele nada.

—Algo de tu mente, mi amor.

—¿Me sacarás de aquí?

—Te lo prometo.

—Dímelo, Judá.

—Soy el hombre que te ama, soy el amor que te protege.

Seguimos conversando. Los minutos van cayendo como avispas, avisándonos a cada picada que el tiempo se agota. He de irme. Me despido y juro por el más oscuro de los nigromantes que en mi próximo turno nos esconderemos y le haré el amor.

Al día siguiente viene la madre de Gadea con sus dos hermanas, una dama que me trata con un cariño desmedido,

sabiendo que hago feliz a su hija; tiene los ojos de sus retoñas, entre violetas y verdes, una cara algo pecosa y redondeada, los labios pequeños y bonitos, el pelo como el de Malena; viste una blusa de rombos coloridos que desdice su edad, un abrigo de armiño, pantalones de campana, un pañuelo naranja enrollado en la cabeza. Debió de ser una mujer hermosísima; todavía lo es. Me saluda. Entra a visitar a Gadea. Sale lagrimeando. Estela, que está en todo, le facilita una píldora de prozac y monta con ella en un taxi.

Se presenta el padre, Eneko Zuloaga, alto, de faz afilada, ojos negros de cormorán, pelo escaso, arrugas de caimán como su cerebro, traje a medida. Me espeta grosero:

—¿Qué cojones haces aquí?!

—No es el momento, señor Zuloaga —respondo gélido, educado, a media voz.

Malena, irritadísima, le agarra del brazo, tira de él camino de la salida, le canta las cuarenta o las cincuenta, deduzco de sus ademanes y expresión. El padre de Gadea se marcha altanero, arrogante. Malena retorna.

—¿Una tila, Malena?

—Te lo agradecería —contesta contrariada.

Se la traigo de la máquina expendedora. Nos sentamos juntos. Lo pasa fatal, lo leo en sus ojos, la dicotomía: una madre querida y depresiva, un padre demoledor al que desama. Le sumo a un marido que menta de pasada —ignoro el porqué—, y a Gadea pinzada por la locura. Su realidad es un rosal sin pétalos y con espinas, o eso se me figura.

—Malena, la vida no es un combate de boxeo.

—¿Me lo dices tú? Qué cuajo.

No acuso la puya y medio sonrío.

La doctora Montserrat llega con un portafolios. Se detiene delante. Nos levantamos. Escribe una nota en la segunda página y dice:

—He diagnosticado a Gadea. Padece esquizofrenia paranoide. No albergo ninguna duda. Le daremos el alta dentro de unos días. Con la medicación que le prescribiré

sus brotes serán menores, siempre que lleve una vida sin excesos. Nunca debe estar sola, esto es fundamental. Tráiganla a consulta dos veces al mes. Mejora, le rebajaré la medicación.

—Se está cubriendo las espaldas, doctora —digo.

—¿A qué se refiere?

Me faltan un par de dudas por airear:

—¿Qué nivel de esquizofrenia?

—No existe una respuesta médica convincente. Un segundo brote, de los activos, puede resultar fatal. Nadie sabe si ocurrirá. De momento sigan mis instrucciones y su situación será, al menos, cotidiana. ¿Alguna pregunta más?

—Se deprime a veces —dije.

—No se alarmen. Nos ocurre a todos... Las depresiones de Gadea pueden provenir de la genética, de su madre. Algo que todavía no ha aclarado del todo la práctica médica. Cada día sabemos más, pero no hemos avanzado a la celeridad que nos gustaría en una serie de patologías. Buenas tardes.

Lo pensamos a menudo, pero nunca lo dijimos, ni íbamos a hacerlo ahora. La doctora confirmaba nuestras hipótesis sobre las depresiones itinerantes de Gadea, acaso herencia de su madre. Malena me indica el exterior con mirada de gata herida. Salimos al viento agreste del otoño, al pavimento fecundo de hojas.

—¿Tienes un cigarrillo, Judá?

—¿No lo habías dejado?

—Un momento malo como cualquiera para retomar lo.

Se lo alcanzo. Le doy lumbre. Tres caladas. Me escudriña. Inquieta:

—¿Recuerdas lo que te conté en una fiesta, Judá?

—Estaba muy borracho. Me largaste una parrafada en lo alto de unas escaleras. Me viene a la memoria una oración: «Apártate de Gadea, no le convienes». O algo parecido.

—¿Y?

—La verdad, Malena, me levanté por la mañana con una resaca de caballo. Perdí medio segundo en racionalizarlo. Lo que piense la gente de nuestra relación, familia o amigos, me la resbala bastante.

—¿Me guardas rencor?

—En absoluto.

—Me gustaría reconciliarme contigo, Judá.

—Al no haber ofensa, no hay motivo —digo convencido.

—Escúchame, Judá. Mi padre es un animal. Mi madre lleva años depresiva. Gadea, en su estado actual, tendría que estar menos con ella, sería contraproducente para las dos. A Martín ya no le quiere, nunca le quiso como a ti, un idilio que me da envidia. Estela vive demasiado lejos. Y, bueno, mi vida es un desastre. Lo último, que quede entre tú y yo, por favor.

—Contases lo que me contases, me iba a dar igual, ya había decidido ocuparme de tu hermana.

—Ahora eres el que más le conviene.

—Qué sorpresa viniendo de tus labios —ironizo.

—Hablo en serio, Judá. Estela cree que la conoce mejor que nadie. Está equivocada, con el tiempo se dará cuenta. El único que la conoce de verdad, el que sabe qué pasa por su cabeza y por su alma eres tú. Contigo estará más protegida que con nosotras.

La afirmación, siendo cierta, me pilla desprevenido, pues proviene de Malena.

Transcurridos quince días le dan el alta. Entramos en mi casa. Nos acostamos, nos buscamos con las yemas de los dedos. Los días y las noches pasan. No son apacibles. No bebo delante de mi amada. Le administro Haloperidol y Zyprexa. Los fármacos a veces sujetan el ansia de Gadea; otras, la esquizofrenia se manifiesta. Me dedico a cuidarla. Ni enfermedades ni ejércitos me la arrebatarán. Poco después, un atardecer plomizo, cambian las tornas. Sale de mi vida. Empieza mi periplo en pos de su busca.

Encaraba una desviación, rodaba unos kilómetros, rodeaba un pueblo, tomaba un camino de tierra flanqueado de pinares, me detenía frente a una verja con un cartel encima: SANATORIO LA FLORESTA.

El cuarto centro de Gadea. El primero fue el área psiquiátrica del hospital Gregorio Marañón. Luego siguieron el sanatorio *Leviatán*, el frenopático *Nocturna* —una suerte de presidio— y la clínica López Ibor.

El vigilante, de nombre Román, un anciano de aspecto bondadoso, comprobó mi identidad y, con dedos amarillentos de nicotina, me franqueó el paso aclarándome que antes de ver a Gadea debía entrevistarme con el director.

El recinto estaba salpicado de bungalós con parterres atestados de rosas, jazmines, orquídeas y magnolias, ubicados a los pies de senderos estrechos, empedrados. Me recordaba la aldea en que había aterrizado Dorothy, la adolescente de *El mago de Oz*. El césped, bañado por el sol de la mañana, abarcaba la totalidad del terreno, plantando a tramos cipreses, arizónicas y olmos. A unos cuatrocientos metros se levantaban tres pabellones pentagonales, acristalados. A la derecha se alzaba el de mayores dimensiones; contenía una piscina olímpica, una cancha de baloncesto y otra de voleibol. El del centro servía de comedor y lugar de esparcimiento. El de la izquierda estaba destinado a las oficinas, la visitas y las consultas médicas.

Paz. Recogimiento. Insania vigilada.

Thomas White, director del sanatorio y psiquiatra de mi amada, neoyorquino de mediana edad, vestía camisa a cuadros, chaqueta de tweed, pantalones de pana. Espigado y alto como una cucaña, de semblante delgado y rosado, bigote fino y ojos castaños, me explicó con tono monocorde la enfermedad de Gadea. El primer brote de esquizofrenia, el que yo había vivido, podía nacer de una disfunción afectiva, con un pariente cercano o la pareja. Ya me sentía culpable antes de mencionarlo. Puntualizó, viendo mi abatimiento, que el segundo y el tercer episodio también eran determinantes. Resultaba importante averiguar

en qué circunstancias habían sucedido. Desvelado el detonante principal de la enfermedad calculaba que le daría el alta en pocas semanas, ya que las alucinaciones remitían y el tratamiento progresaba a gran velocidad. Agradecía que durante cerca de un año, de los dos que había estado hospitalizada, le hubiesen aplicado «una terapia prometedora». Decía «prometedora» porque otro médico, en el psiquiátrico anterior, la clínica López Ibor, había avanzado con la enfermedad de Gadea.

El padre de Gadea, Eneko Zuloaga, un empresario beato, fanático del catolicismo, tras el primer año de ingresos de Gadea en sanatorios, no tomaba decisiones sobre el futuro de mi amada. No podía, ni tampoco debía apetecerle. Estela, como siempre, se había ocupado de su hermana.

Gadea, proseguía Thomas, estaba ilusionada con la idea de verme. Habría de tratarla con sumo cuidado en el contacto íntimo. Me pidió que no le plantease proyectos de futuro. Si no se cumplían por cualquier coyuntura, la teja que cae, el accidente de tráfico, un atentado terrorista, entraría de nuevo en una espiral. Sería difícil recuperarla. Terminó revelando que, hasta ese momento, había desaconsejado mi visita por razones médicas. No entendí por qué mencionaba un atentado terrorista con aire alicaído, derrotado.

Llamé con los nudillos a la puerta del bungalow. Gadea abrió. Se lanzó a mis brazos. Estaba radiante. Era una mujer de una belleza cautivadora, hermosa como un amanecer tropical, de una dulzura desbordante. Noté bajo la blusa los pechos abundantes y firmes, el cuerpo flexible y delgado, las caderas escuetas, la piel tersa y nacarada. Tenía unos ojos enormes, de azul índigo; mirada gatuna, angelical; la boca sugerente y carnosa, color de mora; el pelo corto y alborotado, del color de los castaños en otoño; naricilla rebelde; orejas menudas; facciones perfiladas de delfín; la estatura de un duende travieso; la sonrisa que parecía una burla e interpretaba, como una orquesta de

cuerda, una alegría plagada de sombras. Las secuelas físicas, granos en la mejilla derecha, llagas en los labios, la expresión de demencia, habían desaparecido por completo. Estaba más guapa que nunca. Le sentaba de maravilla librar la batalla contra la enfermedad.

Conectamos como antes, cuando la locura no había hecho carne en ella y el desánimo en mí. Sin intercambiar una palabra, nos besamos con pasión adolescente, desnudándonos camino de la cama. Se separó un poco y dijo:

—Despacio, Judá, tenemos toda la vida por delante.

Se tendió en las sábanas. Me reclamó con el índice. Besó su cuello. Chupé sus pezones. Sus senos emanaban una fragancia a incienso, espiritualidad y mirra. Su cuerpo olía a flores silvestres y robledal. Hoy, alejada de la vorágine de la ciudad, de lo que la hubiese empujado al abismo, albergaba una paz urgente y necesaria. Sus manos empezaron a acariciar mi espalda. Pellizcándome la tripa, los dedos alcanzaron mi falo y lo apresaron. Quitó su mano de mi pene, la cerré en la mía y mordisqueé el exterior de su vulva. Luego, de arriba abajo, de izquierda a derecha, lamí el clítoris llenándome de un perfume agresivo, acre. Gadea soltó un gemido largo y profundo como el eco de un afluyente subterráneo. La penetré. Estaba húmeda, solícita. Nuestros cuerpos se mecieron compartiendo cientos de recuerdos, entregados a la complicidad de nuestro amor. Paré, cerré los ojos, la apreté contra mí, eyaculé. Se corrió al mismo tiempo con un estremecimiento, exhalando un sonido de gaviotas.

Permanecemos quietos un buen rato. Apoyó la cabeza en mi regazo. Los retazos de lo que fuimos, de lo que hicimos, se fusionaron y nos envolvieron. Pensábamos que nada nos detendría. El futuro nos aguardaba, crecía como una posibilidad, se escribía con rótulos de neón.

Nos vestimos, Gadea con unos short que realzaban sus nalgas y una entallada camiseta verde de algodón. Se calzó unas alpargatas. Se arregló el pelo como de costumbre,

desordenándolo todavía más. Fuimos al salón del bungalow. No me había fijado en la cantidad de libros nuevos que abarrotaban las estanterías. Les eché un vistazo. Gadea estudiaba a los clásicos. ¿De dónde los sacaría?

Me volví y pregunté:

—¿La biblioteca del sanatorio?

—Los compro por internet —dijo sacándose de un bolsillo una tarjeta de crédito.

—¡Vaya!

—Cosas de Estela. Aquí nos permiten tener dinero.

—¿La pintura?

—Sigo pintándote a ti, Judá; a lo otro, nunca.

Se refería a la Bestia, a la que había dedicado decenas de cuadros.

—¿Dónde están?

Me captó al vuelo, como siempre.

—Los quemé —dijo aliviada.

Estaba venciendo al delirio de sus espantos, lo que me congratuló. La abracé de nuevo, percibí su sosiego, no lo esperaba; me alegró.

Me invitó a pasear. Acarició un espantasueños indio, colgado del pomo de la puerta. Me cogió de la mano. Cuando salimos al exterior no acusó el frío, un hábito que mantenía aunque fuese verano. Representaba otro signo inequívoco de mejoría.

—Cuando puedas, nos iremos a la costa —dije.

Y sonrió. La antigua aspiración, alquilar una casa frente al mar. Ella seguiría pintando, había cursado la carrera de Bellas Artes y poseía un talento recóndito, y yo escribiría novelas.

Capté de nuevo una extraña sensación de peligro, pero no se lo comenté. Me condujo por el sanatorio. No se veía un alma. Pregunté:

—¿Tus compañeros?

Estaban de excursión, tomando apuntes y dibujando bocetos en un jardín botánico. La jardinería, junto con la pintura y la alfarería, eran las aficiones preferidas de los

internos; «una gente estupenda» deslizada en el filo de la locura hasta supurar un presente de hierros candentes.

Me interrogó:

—¿Eres feliz?

Bajé la cabeza y callé. Ella dijo:

—Yo tampoco. Desde hace demasiado tiempo.

Un silencio.

Gadea, como su madre, era depresiva, aunque no crónica, solo a ratos, pero menudos periodos. Venía de trabajar, decía que no se encontraba bien; por la tarde se encerraba en el dormitorio, tumbada de lado, fumando cigarrillo tras cigarrillo, con la mirada pérdida en un punto exacto, por lo general en el mismo, que yo no lograba desentrañar y que sería el epicentro de su pesar. Le preguntaba en qué pensaba y respondía: «En nada especial, Judá». Las etapas no eran tan adversas como las de su madre y duraban dos días máximo. Tardes que me angustiaban y donde mis desvelos por Gadea se multiplicaban. Durante los periodos apenas probaba bocado, así que siempre se mantenía delgada. Aunque, en ocasiones, ocurrían sucesos inexplicables como el gato que nos acompañó tras cinco meses de convivencia, a los que no encontraba explicación y que nos contentaban instantes. Algo mágico quizás, algún vínculo de Gadea con otra dimensión forjada en su locura latente que trascendía la realidad.

Añadió:

—Sigo teniendo malos días. El médico asegura que los seguiré teniendo, aunque más espaciados.

Le levanté la barbilla con el índice. Dije:

—Tranquila, mi amor, el espacio entre tristeza y tristeza acabará siendo de semanas.

No pronunció palabra, más allá de un gesto de melancolía. Gadea y yo habíamos pasado una temporada de felicidad ilusoria. De tanto perseguirla difuminamos sus bordes.

Felicidad: una esperanza cruel.

—Seremos felices cuando salgas, Gadea.

—Cuando volvamos a estar juntos —dijo con un parpadeo, señal mendaz.

Yo también mentía. No seríamos felices, ni en esta vida ni en ninguna. Ella había perdido la felicidad en algún punto de la pubertad. Siempre se lo preguntaba y siempre respondía lo mismo. Lo intenté de nuevo:

—¿Me lo cuentas?

—No insistas, Judá.

No me confesaría el golpe recibido.

Nacías, aprendías a guantazos, reflejabas en el espejo tus principios; se te colaban en el espíritu afectos y desdenes y, en los intersticios que restaban, una aflicción macedrada como un licor amargo: éramos tristeza.

El ciclo insomne de la vida.

Caminamos unos metros más. Paró. Dijo:

—No veo los telediarios ni hojeo la prensa. Lo de fuera, ese montón de guerras, no me interesa.

—Haces bien, no merece la pena... He visto libros de filosofía y de teatro, pero pocas novelas.

—Las que me gustaría que escribieses. ¿Arrancas con alguna?

—No encuentro la historia.

—La excusa de siempre —dijo. Y siguió andando, alejándose de mí.

Se detuvo en la entrada de uno de los pabellones. Dulcificó la expresión con:

—Dímelo, Judá.

Conocía la respuesta, llevaba años repitiéndola:

—Soy el hombre que te ama, soy el amor que te protege.

Me besó rápido en los labios. Entramos en la piscina. Se descalzó. Metió los pies en el agua y dijo:

—Nado por las mañanas. Estoy a gusto, me olvido de las preocupaciones; me dejo llevar.

Mi mirada la desconcertó. Agregó:

—Lo que queda del día trabajo en ordenar mis ideas.

En voz baja, para no alterarla, pregunté:

—¿Qué opina tu madre?

Contestó, inclinando la cabeza:

—He asumido que está muerta, aunque la sigo echando de menos.

Que admitiese su muerte después de dos años resultaba un avance fabuloso. Ya no la llamaría a gritos en medio de la noche, ni se balancearía en la cama de cualquier psiquiátrico creyendo escuchar una nana.

—¿La violencia, Gadea?

Lo preguntaba por una carta que me había entregado su hermana Estela en su casa de Cuenca y que le había remitido Gadea desde el sanatorio *Nocturna*.

—Ya no me pego con nadie. Lo hacía en los otros sanatorios para defenderme. Tú me lo enseñaste, Judá: no dejes que te humillen ni que maltraten a los débiles en tu presencia. Aguanta, sé fuerte, defiéndelos.

Cierto. No repliqué. Tampoco debí contarle las historias de puñetazos y supervivencia de los internados en los que estuve. Lo lamentaba. Abordé el asunto más espinoso con:

—¿Elina todavía me odia?

Su carcajada reverberó en la piscina, rebotó como una pelota en las paredes, se desinfló en la respuesta:

—Te tenía celos. Los ángeles siguen apareciendo y hablándome, pero he logrado no hacerles caso. El médico piensa que siempre vivirán conmigo.

Los delirios de su esquizofrenia mermaban hasta diluirse en la cotidianidad. Otra mejoría.

—¿Qué médico, Gadea? ¿El director, Thomas White?

—Es un hombre bueno, algo triste. Creo que perdió a un buen amigo en los atentados de Nueva York.

Por eso White había mencionado un atentado terrorista, me dije.

Me atreví a preguntar:

—¿Sigues viendo a la Bestia?

—No puedo darte una respuesta.

—¿Y eso?